

1 UN MISTERIOSO PARQUE

Cuando el reloj de flores se disponía a dar las once y media, Sergio, Mónica y su hermano Javi no podían sospechar siquiera las increíbles aventuras que iban a vivir en aquel asombroso parque de su ciudad.

Los tres jugaban a la pelota en una explanada junto a un espeso bosque de altos árboles, hasta que Sergio, molesto con la forma de jugar de sus colegas, la golpeó con fuerza y la lanzó en entre la espesura.

—¿Pero qué haces, chaval? —le gritó Javi.

—¡Nada! —le replicó.

—¿Nada...? ¡Es mi pelota!

—Vale, voy por ella.

Sergio fue rápidamente a buscarla, pero al llegar a donde había caído se encontró de pronto con una bandada de cuervos que, desde un árbol seco, dirigían sus afilados picos contra él. Vio, desconcertado, que le clavaban sus ojos brillantes como centellas y lo amenazaban agitando sus negras alas. Tuvo miedo y sintió ganas huir, pero ¿cómo iba a dejar allí la pelota? No lo pensó dos veces. Cogió del suelo unas ramas y empezó a golpear los troncos, a dar gritos y a hacer ruido con sus botas en la hojarasca, hasta que, al fin, los fatídicos pájaros huyeron entre graznidos.

—Uf, menos mal —suspiró.

Mónica y Javi, viendo que tardaba, fueron también a buscarla y les preguntaron por qué había gritado.

—¿No habéis visto una bandada de cuervos?

—¿Cuervos...? No.

—Qué raro, si faltó poco para que me atacaran.

—No me digas —ironizó Javi.

Comenzaron a rastrear, palmo a palmo, la zona, removiendo hojas, ramas y arbustos, pero la pelota no aparecía.

—Cómo es posible, si cayó por aquí —se decían.

Miraban en las copas de los árboles, entre los setos, en el estanque... Ni sombra de ella.

«¡Adiós a mi estupenda pelota!», se amargaba Javi.

Mónica, inquieta por la inexplicable desaparición, presentía que algún hecho extraordinario les iba a suceder. Sergio se acordó de los fastidiosos cuervos y empezó a sospechar también que allí pasaba algo anormal.

Finalmente, cansados de indagar por todas partes y mareados de dar vueltas en todas las direcciones, la dieron por perdida.

—Lo siento, Javi —se excusó Sergio. Fue a la explanada por su mochila e iniciaron el regreso a casa frustrados y con mucha rabia.

—Es increíble que se nos haya perdido de esta manera tan tonta —decía Javi furioso.

Un viento racheado se levantó de pronto y el cielo empezó a cubrirse de nubes.

—Encima, nos va llover. ¡Lo que faltaba!

Aligeraron el paso.

Pero, sin saber cómo, una sensación de vértigo y un miedo inesperado se fue apoderando de ellos, como si una red de misterio se tejiera a su alrededor. Los tres miraban

recelosos a todas partes, sin entender qué les sucedía, pareciéndoles que eran víctimas de un encantamiento. Y más, cuando advirtieron, sobrecogidos, que todo cuanto les rodeaba comenzaba a transformarse de manera increíble: la arboleda, las fuentes, el reloj de flores, los bancos de cerámica...

Como si estuvieran viendo visiones, se restregaban los ojos para librarse del mareo que les ocasionaba tan prodigiosa mutación.

—¡Qué nos está pasando! ¡Esto es de locura! —se desesperaba Sergio, de piel morena, complexión fuerte y corazón generoso.

—¡Hay que escapar de aquí! —se empeñaba Javi, espigado de cuerpo, y de mente más racional que el amigo.

—Encontraremos la salida, ya veréis —intentaba dar ánimo Mónica, que mostraba una madurez superior a sus trece años.

Pero, conforme hablaban advertían, desconcertados, que aquello ya no era el hermoso parque de su ciudad, sino un enmarañado bosque poblado de árboles fantasmales, cuyas ramas retorcidas amenazaban con atraparlos. No solo habían perdido la pelota, sino que ellos mismos estaban también jirremediablemente perdidos!

Un rayo vivo y deslumbrante cayó cerca de ellos, seguido de un espantoso trueno, y se quedaron inmóviles, sin atreverse a dar un paso.

—¡Escuchad! —gritó Sergio— ¿Habéis sentido eso?

—¿El trueno? —le replicó Javi con sorna.

—¡Pisadas! ¡He oído pisadas!

—¿Cómo...?

Estuvieron muy atentos y escucharon, en efecto, unos pasos inquietantes que se aproximaban. Entonces, temiendo ser atrapados, escaparon rápidamente de aquel laberinto de locura, cuando les salió al paso algo que de ningún modo habían visto antes: una inmensa montaña que se enfrentaba a ellos como un gigante colosal.

—¿Pero, qué es eso...?

Volvieron a escuchar las misteriosas pisadas más próximas y se echaron a temblar, las siluetas de los negros troncos les parecían personajes reales que les acechaban para tenderles una emboscada.

—¡Vienen por nosotros! —susurró Mónica con cara de espanto.

—Pueden ser animales salvajes —supuso Javi.

—¿Quién hay ahí? ¿Quién hay ahí? —gritaron desesperados.

El momento no podía ser más angustioso.